Lectio Divina

Evangelio de la solemnidad de san José

Por CRISTÓBAL SEVILLA

Prudentes, custodios y justos como san José

2 SAM 7, 4-5a. 12-14a. 16 | «*El Señor Dios le dará el trono de David, su padre (Lc 1, 32)*».

SAL 88 | «*Su linaje será perpetuo*».

ROM 4, 13. 16-18. 22 | «*Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza*».

MT 1, 16. 18-21. 24a | «*José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor*».
***o bien:* LC 2, 41-51a** | «*Tu padre y yo te buscábamos angustiados*».

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. La generación de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

Palabra del Señor.

1 LECTURA

¿Qué dice el texto?

María y José son los padres de Jesús, pero ambos deben saber que Dios es el que está detrás y fiarse de su providencia, la cual, muchas veces, –y esto ellos lo saben–, escribe derecho con reglones torcidos, como sucedió con Abrahán, el patriarca José, y otros tantos humildes personajes del Antiguo Testamento. San José es como Abrahán y como el patriarca José, justos que saben esperar y confiar en la obra salvadora de Dios. El hecho de que Jesús fuera concebido virginalmente por obra del Espíritu Santo era algo que a san José le dejaba perplejo, y aunque sabía que la obra salvadora de Dios estaba detrás, él tenía que preguntarse cuál debía ser en estos momentos su papel de padre y esposo. Por eso, en un primer momento decide retirarse y dejar a María sola tal como pide la ley de Israel, pero en secreto, para no crear escándalo y respetar a María. Y es que el amor

de José por María va más allá de la ley. Hasta que Dios mismo se encarga de serenarle y de indicarle a través del sueño que no debe tener reparos en acoger a María como esposa.

Es el mismo san José, después que ha visto en silencio y escuchando la obra salvadora de Dios detrás de estos acontecimientos, el que como padre pone nombre al niño. Jesús, en hebreo *Yehosua*, que significa: «El Señor salva». Siguiendo la tradición de Israel, un nombre sencillo y con sentido.



2 MEDITACIÓN

¿Qué me dice Dios en este texto?

Fijémonos un poco más en la actitud de san José como justo –*dikaios* en griego, traduciendo *sadîq* en hebreo– en la meditación.

En Eclesiástico 44, 20 se dice de Abrahán: «En la prueba fue hallado fiel». Podemos leer el capítulo 2 de este libro del Eclesiástico sobre la prueba y el temor de Dios, este capítulo termina así: «Los que temen al Señor tienen el corazón dispuesto, y se humillan delante de él. Caigamos en manos del Señor y no en manos de los hombres, pues como es su grandeza, así es su misericordia».

Creo que san José supo llevar esto a su vida y de esta manera se convirtió en el padre fiel y en el esposo solícito. San José es justo porque sabe ver la obra de Dios más allá incluso de la misma ley de Israel que él mismo respeta y cumple como hombre justo, porque algunas veces los caminos del Señor no son los nuestros. Querer y saber reconocer estos caminos es signo de entereza espiritual, de ser justo.

Preguntas para la meditación personal:

¿Cómo reacciono ante situaciones humanas difíciles de comprender?

¿Las juzgo a la ligera? ¿O trato de que Dios me hable a través de las personas, los acontecimientos...?

Muchas veces nuestros propios prejuicios son nuestros peores enemigos.



3 ORACIÓN

¿Qué le quiero decir yo a Dios sobre el texto?



Oremos con este texto pidiéndole al Señor que nos enseñe a ser justos y prudentes como san José:

«Danos, Señor, la entereza de José para poder ser justos como él, y nunca desesperemos de tu gran misericordia. Porque tantas veces tus caminos no son los nuestros, concédenos el saber al menos guardar silencio y no precipitarnos.

Así seremos prudentes y justos, y sabremos ser fieles custodios de nuestra vida y de las vidas que tú nos encomiendas».

Amén.

4 CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN

¿Cómo cambia este texto mi mirada acerca de la realidad?

Contemplamos la sencillez, discreción y silencio de la obra salvadora del Señor. El mismo Jesús, el Hijo, nos lo enseña: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños» (Mt 11, 25)

Que san José nos ayude a mantenernos fieles en estos momentos difíciles; esperanzados y en paz.



Lectio Divina

Evangelio de la solemnidad de la Ascensión del Señor | Ciclo B

Por CRISTÓBAL SEVILLA

«¡Volverá!»

HCH 1, 1-11 | «*A la vista de ellos, fue elevado al cielo*».
SAL 46 | «*Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas*».
EF 1, 17-23 | «*Lo sentó a su derecha en el cielo*».
***o bien* EF 4, 1-13** | «*A la medida de Cristo en su plenitud*».
MC 16, 15-20 | «*Fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios*».

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado. A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos». Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a pregonar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

Palabra del Señor.

1 LECTURA

¿Qué dice el texto?

Jesús resucitado dice a sus discípulos: «Recibiréis fuerza para ser mis testigos hasta los confines del mundo». Él es nuestra esperanza y nuestra riqueza en medio de su Iglesia de la que es cabeza, en donde permanecerá hasta el fin del mundo.

Leemos este domingo el final del evangelio de san Marcos. Jesús resucitado, después de haberse aparecido a María Magdalena y a los Once, les envía a la misión de anunciar el Evangelio por todo el mundo. Después de hablar con ellos de esta misión, Jesús asciende al cielo para estar sentado a la derecha de Dios Padre, dejándoles su presencia a través del Espíritu. Esta misión consiste en lo siguiente:

Se trata de una misión universal. Tiene que llegar a toda la Creación. La resurrección de Jesús es la gran Buena Noticia que Dios tenía que decir a la humanidad, en cuanto que ya no somos nosotros los que tenemos que ganarnos el favor divino haciendo más o menos cosas, sino que Dios, al resucitar a Jesús, nos asocia también a su resu-

rrección. Dios lo ha hecho todo por nosotros a través de Jesucristo.

A los discípulos y, por extensión, a nosotros nos toca dar testimonio de la resurrección, anunciar esta verdad. Solo desde la fuerza que emana de la gran noticia de la resurrección podemos entender el primer anuncio cristiano y la primera expansión del cristianismo por todo el orbe de aquel entonces y que era todo el entorno del Mediterráneo. El secreto de este primer anuncio no estuvo en la capacidad o en la elocuencia de aquellos primeros misioneros, sino en la presencia de Cristo resucitado a través de su Espíritu. Él se encargaba de confirmar la palabra que los discípulos anunciaban y de acompañarla con signos que hablaban de la salvación. Esta palabra anunciada era Cristo mismo.

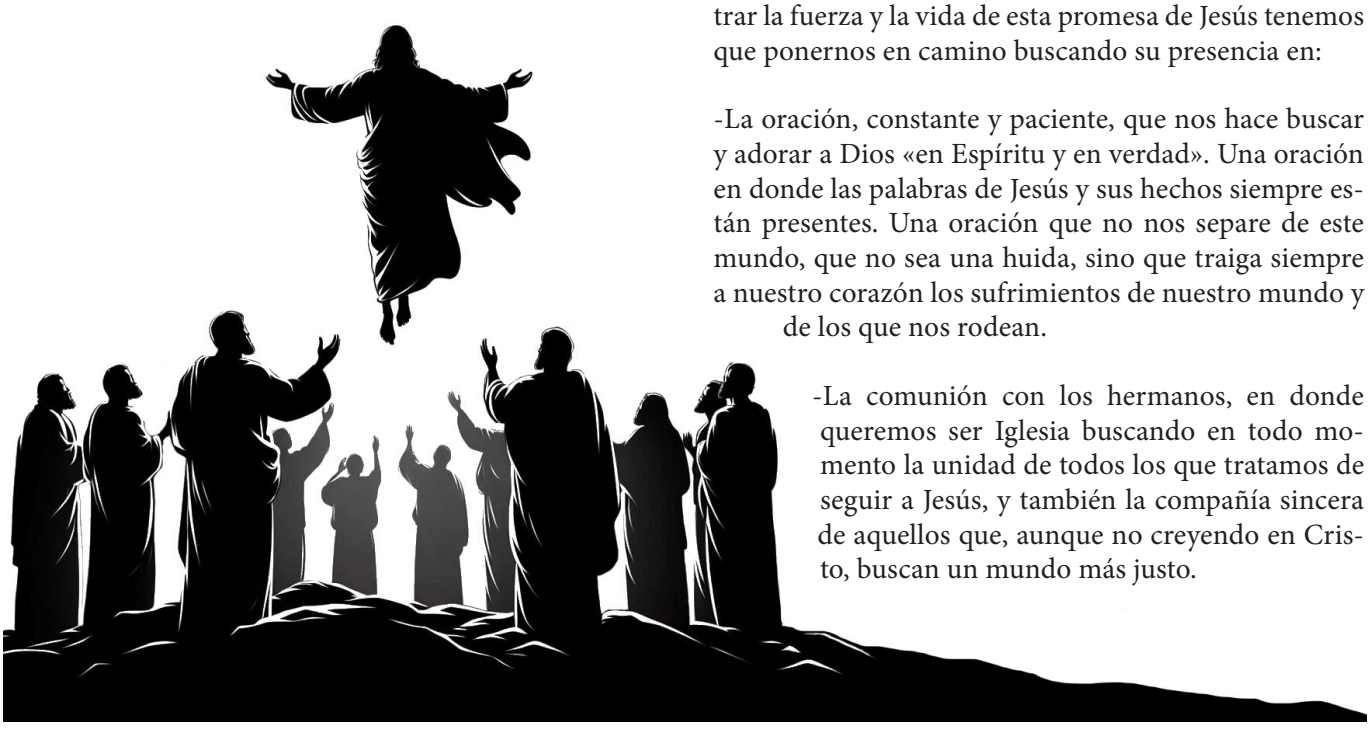
El reinado de Jesucristo a la derecha de Dios Padre nos habla del Reino que nos espera. Estamos en el mundo pero no pertenecemos al mundo. La Ascensión de Jesús nos hace elevar nuestros ojos al cielo manteniendo los pies en la tierra.

Estas palabras de Jesús seguían resonando y estando vivas en el momento en que se escriben estos evangelios. Las comunidades cristianas que están detrás están viviendo en estos primeros momentos de la Iglesia la fuerza y la vida de la presencia de Jesús en medio de no pocas dificultades y problemas. Sin esta certeza aquellos primeros cristianos no habrían hecho nada.

2 MEDITACIÓN

¿Qué me dice Dios en este texto?

Meditar este evangelio significa sentirnos hoy como aquellos discípulos a los que Jesús resucitado envió antes de su Ascensión. Nuestra fe es, en primer lugar, confianza en Jesucristo y en su resurrección. Esto nos lleva a preguntarnos con sinceridad si Jesús sigue entre nosotros. Solo desde el don de la fe podemos entender y vivir esto. Hemos de pedir con sencillez y con el corazón abierto la misericordia de Dios a través de Jesús, para que él nos haga sentir su presencia. Y para encontrar la fuerza y la vida de esta promesa de Jesús tenemos que ponernos en camino buscando su presencia en:



-La oración, constante y paciente, que nos hace buscar y adorar a Dios «en Espíritu y en verdad». Una oración en donde las palabras de Jesús y sus hechos siempre están presentes. Una oración que no nos separe de este mundo, que no sea una huida, sino que traiga siempre a nuestro corazón los sufrimientos de nuestro mundo y de los que nos rodean.

-La comunión con los hermanos, en donde queremos ser Iglesia buscando en todo momento la unidad de todos los que tratamos de seguir a Jesús, y también la compañía sincera de aquellos que, aunque no creyendo en Cristo, buscan un mundo más justo.

-La misericordia, la consolación. El problema no es sufrir sino hacerlo sin misericordia. Hay quien comienza a negar la presencia de Cristo cuando se encuentra de frente con el dolor y el sufrimiento. Cuando no somos capaces de crecer viviendo y experimentando la misericordia de Dios, entonces creemos que estamos condenados siempre al mal y que no hay ninguna solución para vencer ese mal que noto en mí, en el mundo y en los que me rodean. Es una forma de desesperación que acaba negando la presencia de Cristo.

Los que a lo largo de la historia del cristianismo han conseguido animar su vida con la presencia de Jesús lo han hecho principalmente dando testimonio de la misericordia de Dios a través de sus palabras, haciendo que estas cobraran vida. Pero para abrirse a esta misericordia de Dios y así dejarle actuar en nuestras vidas necesitamos convertir nuestros corazones de piedra en corazones de carne. Se trata de no dejar ningún ámbito de nuestra vida lejos de la presencia de Dios, de abrirnos interiormente con sinceridad y sencillez.

¿No debe ser este nuestro cometido como Iglesia de Cristo? El transmitir por medio de los sacramentos, enseñanzas, testimonios de vida... esta misericordia de Dios a través de Jesús.

Pregunta para la meditación personal:

¿Cómo vivo la misericordia de Dios en cada acontecimiento de mi vida? Revisa especialmente tus momentos de tentación, desesperanza y sufrimiento.

3 ORACIÓN

¿Qué le quiero decir yo a Dios sobre el texto?



Se lo pedimos a Jesús como Señor en la oración.

«Señor Jesús, que la misericordia que encontramos en tus palabras y hechos nos acompañe para que no desesperemos en la dificultad.

Transforma tú nuestro corazón, Señor, para que nos volvamos hacia ti con sinceridad, y así podamos sentir la cercanía de tu presencia que tú mismo nos prometiste».

Amén.

4 CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN

¿Cómo cambia este texto mi mirada acerca de la realidad?

Que esta oración nos abra a la contemplación de la misericordia de Dios manifestada en Jesús y que esta verdad que contemplamos sea nuestro mayor motivo de confianza y esperanza.

Lectio Divina

Evangelio del Domingo de Pentecostés | Ciclo B

Por CRISTÓBAL SEVILLA

«El Espíritu Santo nos hace Iglesia»

HCH 2, 1-11 | «*Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar*».

SAL 103 | «*Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra*».

1 COR 12, 3b-7. 12-13 | «*Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo*».

Secuencia | «*Ven, Espíritu divino*».

JN 20, 19-23 | «*Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo; recibid el Espíritu Santo*».

Espíritu Santo, amor del Padre en el Hijo resucitado, espabila mi oído a tu escucha y abre mi entendimiento a tu presencia Amén.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros».Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Palabra del Señor.

1 LECTURA

¿Qué dice el texto?

Estas dos lecturas, el salmo y el evangelio nos hablan de un Dios que nos busca para un proyecto de amor escrito en nuestros corazones. El tiempo de Pascua culmina con el envío del Espíritu Santo que viene sobre María y los Apóstoles en el cenáculo (primera lectura), y de esta manera la fiesta judía de Pentecostés se convierte en la fiesta de la nueva alianza de Dios con su pueblo, una alianza no escrita en piedra sino en los corazones por el Espíritu Santo. La experiencia de Pentecostés en el cenáculo fue una experiencia de amor (el fuego), y de fortaleza y misión (el viento). Y desde este fuego de amor y este viento de misión, los bautizados en Jesús formamos un solo cuerpo espiritual (segunda lectura), y sabemos que Jesús no nos deja solos, sino que nos envía siempre el Espíritu Santo,

fuente de paz y de alegría, en donde podemos encontrar el perdón y la gracia (evangelio).

2 MEDITACIÓN

¿Qué me dice Dios en este texto?

El Espíritu es la presencia de Jesús resucitado que se manifiesta en la vida sacramental vivida como fuente de vida, y en el amor que como hermanos estamos llamados a vivir. Es el Espíritu que Jesús había prometido, el Espíritu abogado y defensor («paráclito»), el que nos preserva de falsas doctrinas que tratan de hacer de Jesús uno más, no el Salvador y Señor. Y es que la tentación principal es hacer de esta fe en Cristo una suerte de doctrina teórica e intelectual, no una vida.

¿Cómo hacer que nuestra relación con Cristo, a través de su palabra, sea para nosotros vida? Esta es la labor que tiene que hacer en nosotros el Espíritu de Cristo resucitado. Para ello, tenemos que abrirnos a su presencia y desbloquear nuestras mentes y nuestros corazones. Primero, con una vida de oración y sacramental en «espíritu y en verdad». Es decir, buscando con corazón sincero y abriéndonos con humildad a Dios. Vivir el sacramento del Perdón, perdonando y siendo perdonados, y la Eucaristía de esta manera, es hacerlo en «espíritu y en verdad».

Y también, buscando la fraternidad, la paz, el amor que Dios quiere que vivamos. Un amor que siempre se convierte en servicio hacia los más pobres y vulnerables. Este modo de vida abierto al fuego del amor divino desde la oración nos empuja a dar testimonio y a trabajar por un mundo más humano, venciendo todo escrúpulo y complejo, es la parresía, o libertad cristiana (Hch 4, 8).

3 ORACIÓN

¿Qué le quiero decir yo a Dios sobre el texto?

En la oración nos dirigimos al Espíritu Santo, fuego de amor que nos hace sentir su presencia y soplo divino que nos fortalece, y lo hacemos sintiéndonos Iglesia:

«Espíritu Santo, fuego de amor divino, toca nuestros corazones con tu unción para que sintamos el calor de tu presencia. Renueva nuestra mente y nuestro corazón, sana nuestras heridas, abre nuestros bloqueos, tira por tierra nuestros prejuicios, supera nuestros miedos y temores, inspira nuestra oración, y mantenla constante y unánime. Espíritu Santo, soplo divino, alienta a esta Iglesia fundada por Cristo, para que en medio de este mundo seamos vínculo de unidad y fraternidad. Renuévala en la unidad y en la comunión y líbranos de exclusiones y falsos purismos. Suscita generosidad y entrega para que seamos austeros y generosos, a fin de que seamos templo tuyo y cuerpo de Cristo, y así demos al mundo el testimonio de la unidad». Amén.

4 CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN

¿Cómo cambia este texto mi mirada acerca de la realidad?

Que la contemplación de este misterio nos haga más hijos de la Iglesia, deseando servir. Y que nuestra respuesta sea mantenernos vivos dentro de nosotros mismos, abriendo nuestro espíritu humano al Espíritu divino, para no perder nuestra alma, nuestro ánimo. «Allí donde está la Iglesia está también el Espíritu de Dios; y allí donde se encuentra el Espíritu de Dios, allí se encuentra la Iglesia y toda gracia» (san Ireneo de Lyon, s. II). ▪

Lectio Divina

Evangelio del Domingo del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo | Ciclo B

Por CRISTÓBAL SEVILLA

«Adorar a Jesús con nuestro cuerpo y nuestra alma»

ÉX 24, 3-8 | «*Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha concertado con vosotros*».

SAL 115 | «*Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor*».

HEB 9, 11-15 | «*La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia*».

Secuencia (opcional) | «*Lauda, Sion, Salvatorem*».

MC 14, 12-16. 22-26| «*Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre*».

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?» Él envió a dos discípulos, diciéndoles: «Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?" Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena». Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Mientras comían. Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo». Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo: «Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.»

Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.

Palabra del Señor.

1 LECTURA

¿Qué dice el texto?

Las palabras de Jesús en la Última Cena con sus discípulos han sido fielmente transmitidas por la tradición de los evangelios y por san Pablo (1 Cor 11, 23-27). Cuando Jesús las pronunció, los discípulos ya le habían visto partir el pan y pronunciar la oración de acción de gracias en varias ocasiones. Lo que ocurre es que ahora Jesús dice que ese pan partido y ese vino son su cuerpo y su sangre.

Y esto quedó grabado en su corazón, de tal manera que después de la resurrección ellos tenían claro que debían seguir reuniéndose para compartir el pan que era Jesús resucitado siguiendo su mandato.



2 MEDITACIÓN

¿Qué me dice Dios en este texto?

Meditar este texto supone preguntarnos por nuestra relación con Jesús resucitado a través de la Eucaristía. En ella, los cristianos estamos llamados a vivir lo que realmente celebramos y adoramos:

-Discerniendo el cuerpo de Cristo. Es decir, siendo conscientes del pan que compartimos y de la gracia que recibimos cuando comulgamos (1 Corintios 11). Lo que san Pablo quiere decir es que, en el sacramento del Pan Eucarístico, presencia del Señor resucitado, encontramos una enseñanza para nuestras vidas, para nuestros cuerpos y para la relación que cada uno de nosotros tiene con el propio cuerpo. Precisamente cuando no se tiene un discernimiento del cuerpo del Señor, no se consigue tener un discernimiento sobre el propio cuerpo y su significado: no sentimos nuestro cuerpo en su unidad profunda con nuestro espíritu, con nuestra alma. Tenemos muchas veces una relación equivocada, debido a una superficialidad de lectura, o a una esquizofrenia de comportamiento. Somos incapaces de comprender y de asumir espiritualmente lo que el cuerpo del Señor representa y actualiza en el corazón de la Iglesia que es la Eucaristía. Esta incapacidad de acogerse uno a sí mismo en verdad provoca deterioro y enfermedad. Si fuéramos capaces de comprender lo que significa que el cuerpo del Señor entra en nuestro cuerpo, entonces seríamos capaces de una lectura sobre nosotros mismos en la verdad, una lectura ante el Señor; y así responderemos a la vocación que cada uno de nosotros llevamos escrita en nuestro propio cuerpo, y que no es otra que la de ser hijos de Dios. Tenemos la ayuda imprescindible del sacramento del Perdón o Confesión para vivir esta relación. Cuando vivimos esto somos conscientes de la dignidad de toda persona humana y por eso procuramos no pasar de largo ante los que sufren, ante los más necesitados.

-La Eucaristía, una escuela de Jesús. Esto nos tiene que ayudar a entender desde la fe que es Jesús quien está

presente en la Eucaristía, quien nos invita y quien alienta nuestra fe con su palabra y con su pan de vida. Nos enseña que no hay que separar a Jesús de su Palabra, ni de su cuerpo y sangre, del mismo modo que no hay que separar a Cristo del Padre y del Espíritu Santo. Esta unión nosotros la vivimos en la Eucaristía. Por eso es importante que, junto a la devoción eucarística y sin separarla de ella, fomentemos en nuestras parroquias y comunidades la Lectio Divina, porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo.

-Vivir la experiencia del cenáculo, en actitud de adoración e intercesión. En la escuela de María, pues ella supo reunir a los apóstoles en una oración unánime (*omozumadón*) en el cenáculo. Podemos imaginar el hondo sentimiento de fe de María cuando escuchó de boca de Pedro y de los demás apóstoles las palabras de la Eucaristía, en aquellas primeras reuniones de la Iglesia apostólica.

Nuestras misas tienen que recordar el cenáculo, ese lugar en donde Jesús celebró su Última Cena, y en donde después se encontraron con él, resucitado. El lugar en donde recibieron la unción del Espíritu. Como aquellos hombres y mujeres reunidos en el cenáculo en oración y adoración, es decir, buscando el encuentro con Cristo resucitado, y pidiendo por el mundo: por la paz, por la unidad, por la justicia... pedimos que el cuerpo de Cristo nos convierta a toda la humanidad en un solo cuerpo.

3 ORACIÓN

¿Qué le quiero decir yo a Dios sobre el texto?

Hagamos hoy la oración como si estuviéramos en el cenáculo: «Señor Jesús, estamos aquí adorándote, porque tú eres nuestro único Señor y nuestro verdadero maestro. Sabemos que tú estás presente, alimentándonos con tu palabra y con tu pan de vida. Que sepamos siempre discernir tu cuerpo, como alimento y medicina para nuestros cuerpos y nuestras almas. Que tu Espíritu nos una en un solo cuerpo que es la Iglesia que tú quisiste, para que así podamos dar al mundo el testimonio de la verdadera unidad». Amén.



4 CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN

¿Cómo cambia este texto mi mirada acerca de la realidad?

En este cenáculo, contemplamos esta verdad que hemos meditado: la Eucaristía es fuente de vida cuando tratamos de vivir lo que celebramos. Por eso, contemplamos a Cristo resucitado como pan de vida.

Salmos de Pasión y Gloria

La oración en el camino cuaresmal y pascual

Por CRISTÓBAL SEVILLA

Rezar con los salmos dominicales de Cuaresma y Pascua de 2024

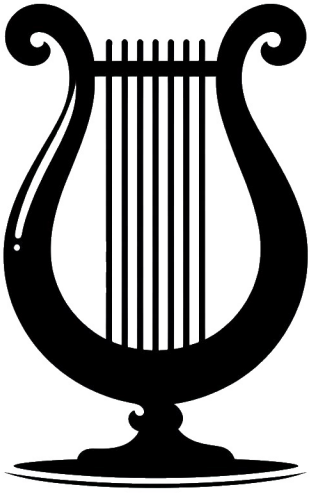
«Es la confianza la que nos lleva al Amor y así nos libera del temor, es la confianza la que nos ayuda a quitar la mirada de nosotros mismos, es la confianza la que nos permite poner en las manos de Dios lo que sólo Él puede hacer. Esto nos deja un inmenso caudal de amor y de energías disponibles para buscar el bien de los hermanos» (Papa Francisco, exhortación apostólica *C´est la confiance*).

La Cuaresma es un camino que nos ayuda a reflexionar sobre el camino de nuestra vida. Y la Palabra de Dios que escuchamos cada domingo nos presenta la historia de la salvación como un itinerario de fe que nos ayuda a centrarnos en Cristo, muerto y resucitado por todos nosotros. El misterio espiritual del Éxodo está presente en todo el camino cuaresmal: salir de lo que nos esclaviza y aprender a caminar por nuestros desiertos interiores y los desiertos de este mundo, con la esperanza de llegar a entrar con Jesucristo en la salvación eterna.

Los salmos en la liturgia son la respuesta que damos como pueblo a la primera lectura, y en Cuaresma están tomadas del Antiguo Testamento, la antigua alianza, empezando por el principio, el Génesis con Noé y Abrahán, siguiendo con el Éxodo, hasta llegar al anuncio de la nueva alianza en los profetas. Promesa y cumplimiento en Jesucristo es la dinámica de la historia de la salvación, un camino que recorremos con una actitud espiritual de conversión para llegar a la renovación pascual de la resurrección.

Los salmos nos ayudan en este esfuerzo de conversión y renovación, pues ponen en nosotros palabras de confianza que nos ayudan a hablar con Dios. La confianza es el sentimiento más importante para poder rezar con los salmos: confianza en el gran Rey (Dios Padre) y su Mesías Cristo, Jesús, nuestro hermano mayor y Señor. Y esta confianza es la expresión de nuestro amor. Por eso comenzamos la Cuaresma el Miércoles de Ceniza con el Salmo 50, que contiene la gran petición a Dios de todo el Antiguo Testamento, la gran confianza en su misericordia: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme», y el último domingo de Cuaresma, el 5º, nos volveremos encontrar con este gran salmo que tan bien expresa nuestra fragilidad y la necesidad que tenemos de la misericordia divina.

Queremos que el Señor nos muestre sus caminos, y le pedimos caminar en su presencia sintiéndonos siervos suyos. Sabemos que el Señor tiene palabras de vida eterna y que sus mandamientos no son una carga sino que alegran nuestro corazón porque son verdaderos y justos. Y no queremos olvidarnos nunca del Señor, pues esperamos estar con él en la eternidad en la Jerusalén del cielo. Por eso al final de este itinerario de oración le pedimos al Señor lo mejor que podemos pedirle: un corazón puro como el suyo. Este es el camino cuaresmal de oración que nos trazan los salmos dominicales de esta Cuaresma. Al final de este camino acompañaremos a Jesús el Domingo de Ramos con el salmo de la pasión, lleno de esperanza en la salvación de Dios. Y cantaremos la alegría de la resurrección gritando con el corazón que su misericordia es eterna.



¿CÓMO REZAR CON UN SALMO?

1 **Serenar** nuestro espíritu con una respiración pausada, tranquila, e invocando al Espíritu divino para que venga a nuestro espíritu siempre dispuesto a la oración.

2 **Adoptar** una actitud de confianza.

3 **Identificarnos** con el salmo conociendo los sentimientos que se expresan: confianza, súplica, dolor, esperanza, persecución, autenticidad, deseo de justicia, paz, fraternidad, agradecimiento, olvido de Dios, alegría, perdón, deseo de cantar interiormente, petición de auxilio, amor que salva, anhelo de salvación.

4 **Dejar** que el sentimiento cale en mí y quedarme en silencio repitiendo alguna frase del salmo que me haya tocado especialmente, siendo capaz incluso de expresarlo con mis propias palabras.

PRIMER DOMINGO

Salmo responsorial: Salmo 24, 4bc-5ab. 6-7bc. 8-9 (R.: cf 10)

R. *Tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad*
para los que guardan tu alianza.

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador. ***R.***

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas.
Acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. ***R.***

El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes. ***R.***

En este primer domingo nos encontramos en las lecturas con la alianza o pacto que Dios siempre nos ofrece, desde los primeros momentos de la humanidad hasta que vino Jesús. Dios quiere siempre salvarnos, y con Jesús esta salvación ha llegado para siempre porque él es como nosotros, igual en todo menos en el pecado, y nos unimos a Jesús a través de nuestro bautismo. Progresar en el conocimiento del misterio de Cristo es querer caminar por las sendas del Señor con una conducta digna. Estas sendas pasan por el desierto de la renuncia, del silencio, y sobre todo de la oración, en donde aprendemos a vencer nuestras tentaciones cotidianas. Es el desierto del abandono en Dios, pues no solo de pan vivimos, sino de toda palabra que sale de su boca.

El salmo pone en nosotros el deseo de una conducta digna y de invocar su amor, su misericordia. Queremos ser humildes caminando en la verdad de Dios, cumpliendo sus mandamientos que se resumen en el amor que se expresa en el servicio.

Con una respiración pausada, sintiendo nuestro cuerpo y sintiéndonos necesitados de su amor misericordioso podemos repetir algunas peticiones de este salmo, haciéndolas nuestras: «Enséñame»… «tú eres mi Dios»… «Acuérdate de mí».

SEGUNDO DOMINGO

Salmo responsorial: Salmo 115, 10 y 15. 16-17. 18-19 (R.: Sal 114, 9)

R. *Caminaré en presencia del Señor*
en el país de los vivos.

Tenía fe, aun cuando dije:
«¡Qué desgraciado soy!».
Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles. ***R.***

Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.
Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando el nombre del Señor. ***R.***

Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén. ***R.***

Jesús conoce nuestros desiertos y tentaciones y se nos presenta resplandeciente para iluminarnos con su verdad. Esta verdad pasa por la cruz y pide de nosotros una mirada limpia para contemplar su rostro con la esperanza de que caminaremos en su presencia en el país de los vivos. El rostro transfigurado de Jesús es el rostro misericordioso de Dios y solo con nuestras fuerzas no podemos contemplar su rostro, nos tenemos que dejar guiar por la gracia que el Señor nos otorga en la vida espiritual que se manifiesta en los sacramentos y en la oración de su Iglesia. Este es nuestro sacrificio de alabanza en presencia de su pueblo, su Iglesia.

Con este salmo le decimos al Señor que somos sus siervos y que no queremos caminar solos. Confiamos en su amor misericordioso que siempre nos rescata de nuestras desgracias para la vida, pues somos sus fieles, los que queremos caminar en medio de su Iglesia. Sabemos que para el Señor en la vida y en la muerte siendo suyos siempre estaremos vivos.

-¿Cómo me siento en este momento? Desde lo que sientes invoca al Señor diciéndole que eres su siervo.

-¿Cómo camino en la fe? ¿Me siento en presencia del Señor buscando su voluntad cada día?

-¿Participo de la vida sacramental y fraternal de la Iglesia?

TERCER DOMINGO

Salmo responsorial: Salmo 18, 8. 9. 10. 11 (R.: Jn 6, 68)

R. *Señor, tú tienes palabras de vida eterna*

La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye a los ignorantes. ***R.***

Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos. ***R.***

El temor del Señor es puro
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos. ***R.***

Más preciosos que el oro
más que el oro fino;
más dulces que la miel
de un panal que destila. ***R.***

La respuesta de este salmo está tomada del evangelio de san Juan, es la respuesta de Pedro a Jesús ante el abandono de algunos de sus discípulos por el discurso del pan de vida; y cuando se dirigió a los Doce y les preguntó: «¿También vosotros queréis marcharos?», Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna».

Con el salmo le decimos a Dios que su palabra nos ilumina y sus mandatos no son un carga pesada sino que son descanso para nuestra alma. Se lo decimos más con nuestro corazón que con nuestros labios, confiando y agradeciendo porque nos sentimos siempre perdonados por nuestros pecados y rebeldías. «Temer al Señor» significa mantener una actitud humilde de respeto sabiendo que él es lo más importante y lo único absoluto y eterno. No es miedo, es confianza. Es una actitud interior, del corazón, que nos hace reconocer la sabiduría de Dios manifestada en Jesús, el que nos enseña la nueva ley del amor. Con él comprendemos que los mandamientos son verdaderos y justos, y nos comprendemos también a nosotros mismos como templos del Espíritu Santo, pues solo así podemos vivir con alegría los mandamientos del Señor.

- ¿Hago examen de conciencia recordando los mandamientos del Señor?

- Dile al Señor que quieres vivir en su temor, en su respeto a sus mandamientos y confiando siempre en él.

CUARTO DOMINGO

Salmo responsorial: Salmo 136, 1-2. 3. 4. 5. 6 (R.: 6a)

R. *Que se me pegue la lengua al paladar*
si no me acuerdo de ti

Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras. ***R.***

Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar;
nuestros opresores, a divertirlos:
«Cantadnos un cantar de Sión». ***R.***

¡Cómo cantar un cántico del Señor
en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha. ***R.***

Que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén
en la cumbre de mis alegrías. ***R.***

Cuando nos sentimos peregrinos en este mundo, sentimos nostalgia de otra casa más allá de estos límites de nuestra existencia. Sentimos nostalgia de eternidad y somos peregrinos a una Jerusalén del cielo, no edificada con piedras sino con cuerpos resucitados. Una ciudad inundada de la luz divina y de la verdad última y perfecta.

Esta Jerusalén del cielo es la cumbre de nuestras alegrías, es nuestra esperanza mientras peregrinamos en esta tierra. Nos sabemos obra suya y nos sentimos destinados a la vida eterna. Jesús es la luz que ilumina las tinieblas de nuestro peregrinar para que nos sintamos no juzgados ni condenados, sino salvados por su amor. Por eso Jesús tiene que ser elevado en la cruz de igual modo que una lámpara tiene que ponerse en un lugar visible.

Sintamos la alegría interior de nuestra esperanza, es la alegría que las cosas de este mundo nunca nos podrán dar. Sintámonos peregrinos diciéndole al Señor: «Tú eres nuestra alegría, tú eres nuestra esperanza».

-¿Tengo alegría interior? ¿Cómo la vivo con mis hermanos en la fe?

QUINTO DOMINGO

Salmo responsorial: Salmo 50, 3-4, 12-13. 14-15. (R.: 12a)

R. *Oh Dios, crea en mí un corazón puro.*

Misericordia, Dios mío, por tu bondad
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. ***R.***

Oh Dios, crea en mí un corazón puro
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. ***R.***

Devuélveme la alegría de tu salvación
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti. ***R.***

Pedirle al Señor un corazón puro es lo máximo que podemos pedirle, pues es pedirle un corazón como el suyo. Y esto solo es posible a través de la gracia, por eso lo que pide el salmista es una nueva creación, una renovación interior a través de un espíritu firme y generoso.

Invocar la misericordia divina y la compasión reconociendo nuestro pecado y nuestra limitación es el primer paso. Todos necesitamos pasar por un examen de nuestra conciencia, en detalle y bajo la mirada de Dios, el único que de verdad puede purificarnos y devolvernos la paz del perdón.

Con el perdón comprendemos la alianza nueva de Jesús, como una ley escrita no en piedra, sino en nuestros corazones. Contemplamos con un corazón puro el mismo amor que movió a Jesús a entregarse hasta la muerte, siendo dueño de su propio destino y en comunión de vida con Dios Padre. A Jesús no le quitan la vida, sino que la entrega para nuestra salvación. Su vida es como el grano de trigo que muere para dar fruto.

- Pronunciando el nombre de Jesús pausadamente, pídele un corazón puro como el suyo, generoso y entregado.

DOMINGO DE RAMOS

Salmo responsorial: Salmo 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24 (R.: 2a)

R. *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Al verme se burlan de mí
hacen visajes, menean la cabeza:
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre si tanto lo quiere». ***R.***

Me acorrala una jauría de mastines
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos. ***R.***

Se reparten mi ropa,
echan a suerte mi túnica.
Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía ven corriendo a ayudarme. ***R.***

Contaré tu fama a mis hermanos
en medio de la asamblea te alabaré.
Fieles del Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
temedlo, linaje de Israel. ***R.***

Rezar con el salmo con el que rezó Jesús en la cruz es unirnos a él para comprender el sentido de su pasión por todos nosotros. Este salmo grita la pasión y la gloria, y Jesús, como el siervo de Dios pacífico y sufriente de Isaías, clama en la cruz con este salmo con una infinita confianza en Dios Padre, a su Abba de Getsemaní. Jesús se abandona y clama en medio de su pasión, y espera la intervención divina. Jesús confía y espera, pues sabe que el silencio de Dios durante la pasión no es su última palabra, será la resurrección su victoria final, su última y definitiva palabra.

Con este salmo nos sentimos fieles del Señor, somos su linaje, hermanos pequeños de Jesús nuestro salvador. Desde la cruz, él nos muestra la misericordia infinita de Dios padre, su compasión con todos nosotros. Por eso respondemos a lo que nos pide Jesús desde la cruz con este salmo: le alabamos y le tememos, no con miedo, sino con respeto y amor.

Acompañando a Jesús en su pasión comprendemos que Dios está presente en medio de nuestros sufrimientos y de los sufrimientos de nuestro mundo, por eso le invocamos pidiendo su auxilio e intercediendo por los inocentes que sufren. Desde nuestra oración que clama al cielo entrevemos la esperanza de entrar con Jesús resucitado en la Jerusalén del cielo.

-Mirando a Jesús en la cruz mira tus sufrimientos y repasa los de los pobres e inocentes de este mundo. Siente que él está sufriendo con nosotros, siente la esperanza de su victoria final que es un ya pero todavía no.

DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN

Salmo responsorial: Salmo 117, 1- 2. 16ab-17. 22-23 (R.: 24)

R. *Este es el día en que actuó el Señor:*
sea nuestra alegría y nuestro gozo.

Dad gracias al Señor, porque es bueno
porque es eterna su misericordia.
Diga la casa de Israel:
Eterna es su misericordia. ***R.***

La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa.
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor. ***R.***

La piedra que desecharon los arquitectos,
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente. ***R.***

Con la resurrección de Jesús Dios nos ha abierto las puertas de la eternidad, y nos invita a buscar los bienes de allá arriba, donde está Jesús, el Señor, el Cristo. Y nosotros respondemos con este salmo cantando a voz en grito nuestra alegría y nuestro gozo.

Cantar que la misericordia de Dios es eterna es gritar nuestra esperanza, es decir con el corazón nuestra fe en que estamos hechos para la vida eterna y no para la muerte.

Con este salmo buscamos a Jesús resucitado como María Magdalena, Juan y Pedro.

Que te busquemos, Señor, y que tú nos encuentres anunciando tu victoria y sirviendo a nuestros hermanos.